

LAS MUERTES QUE DAN VIDA

Ayer en horas del mediodía muchos miles de salvadoreños acompañaron al cementerio los cadáveres de las víctimas abatidas por los Cuerpos de Seguridad en las gradas de Catedral. Hay quien calcula en ochenta mil los que participaron activamente en el sepelio. Como quiera que sea era una multitud ingente, que superando toda suerte de dificultades -incluido el calculado paro de buses- y no dejándose llevar del miedo a posibles nuevas represalias, se apiñaron en torno a los cadáveres.

El desfile fue en conjunto ejemplar. Y es este carácter ejemplar el que quisiéramos resaltar en esta hora de luto y dolor. A cuarenta y ocho horas de la brutal agresión, más de cincuenta mil personas fueron capaces de desfilar sin cometer violencias mayores. Tenemos, por tanto, no sólo un pueblo valiente, que no se arredra ante el disparo de las metralletas y de los G-3, sino que tenemos un pueblo disciplinado, que no quiere aprovechar su fuerza en destrucciones vandálicas. Los enemigos del pueblo, los que no creen en su talante fundamentalmente justo, hubieran esperado toda suerte de desórdenes, sobre todo si consideramos que los Cuerpos de Seguridad -sabidamente en este caso- no se hicieron presentes. Los propios manifestantes se vigilaron a sí mismos, supieron dominar su rabia y su dolor y lograron convertir en nueva vida la muerte de sus compañeros.

Los mezquinos críticos de nuestro pueblo hablarán de gritos de combate y se escandalizarán de las pintas de los manifestantes. Esto es querer tomar el asunto por donde no se debe tomar. A pesar de los gritos, a pesar de los especiales sentimientos que se despiertan cuando una multitud compacta y enervada se reúne en circunstancias como éstas, el comportamiento fue ejemplar y así lo reconocen los periodistas imparciales que se hicieron presentes.





La ejemplar actuación de ayer de miles y miles de ciudadanos, supuestamente los menos educados y más del pueblo, echa nueva luz sobre los acontecimientos del ocho de mayo. Prácticamente eran los mismos los que se manifestaron el ocho de Mayo y ayer; no había entre los manifestantes menos agentes de seguridad interna que los que había en catedral. Pero ayer no fueron provocados; ayer ~~no~~ tuvieron que disparar para que la multitud buscase y econtrase refugio frente a las balas de muerte que disparaba la Fuerza Pública. Es una grave falsedad escudarse en las medidas de protección que toman las organizaciones populares para justificar represalias sangrientas; es una grave falsedad confundir estas medidas de protección con una presunta participación de guerrilleros en ~~la~~ las manifestaciones de masas.

Estas manifestaciones masivas no son violentas y no deben reprimirse violentamente. Son tan sólo el frito controlado de un pueblo que no se rinde, de un pueblo al que no se le puede tener hincado, como si estuviéramos en los tiempos del feudalismo. Este pueblo de El Salvador está vivo. Mucha de su vida ha surgido de la represión y de la muerte ~~de~~ violenta de los mejores de sus hijos. Por cada cadáver, respetuosamente cargado, eran miles los que se habían levantado del dolor y de la postración del ocho de mayo. Mal camino, por tanto, llevan los dirigentes de la represión, que ni conocen a su pueblo ni creen en él. Siquiera por conveniencia propia deberían dejar de matar. Aquí también los muertos son semilla de resurrección y de vida.

El propio pueblo debe convencerse cada vez más que no necesita de la violencia de las armas para triunfar. Estos días las emisoras y periódicos de todo el mundo cantaban asombrados las virtudes de un ~~un~~ pueblo que no cesa ante la represión. No importa que en este coro faltasen casi por completo las de su propio país. A pesar de esa falta de resonancia todos hemos escuchado asombrados y agradecidos el cáamor de un pueblo que avanza irresistible. 11-Mayo-79